

LA VESPERA

AÑO I.

ESPAÑA, JULIO 1951

NUM. 4

Grave responsabilidad de los monárquicos

Característica típica en todos los totalitarismos, más o menos mitigados, es un conocimiento profundo de la psicología de las masas, que se traduce en el eficaz manejo de la propaganda política.

Uno de los medios que utiliza con más insistencia, dicha propaganda, es la búsqueda incansable de la adhesión —real o aparente (no importa)— de aquellos que ocupan una situación algo destacada en cualquier aspecto de la vida del país, ya sea religiosa, intelectual, política, social o económica.

Como resulta difícil conseguir la adhesión o colaboración de elementos representativos de la sociedad por tratarse de personas que poseen cierta preparación intelectual e independencia de criterio, y no se dejan deslumbrar por los espejuelos de la propaganda, se acude al medio más eficaz de que disponen estos regímenes: el temor.

Ante una economía rigidamente intervenida, en constante dependencia del favor ministerial y de la arbitrariedad, ¿cómo no sentir temor ante los perjuicios que puede irrogar cualquier manifestación de desacuerdo con el régimen? ¿Cómo no temer ver perjudicada su empresa, expropiad su finca, malogrado su ascenso o rechazada su justa petición...?

Aún hay un «decer grada» para aquellas personalidades que por su recia conciencia moral y claro sentido de responsabilidad, no se dejan acobardar y mantienen inhisto su estandarte. Estas, a veces, son públicamente vilipendiadas, sin permitírselas la defensa, con el fin de que, una vez desacreditadas, pierda virtualidad su ejemplo de independencia.

Consecuencia de esta falta de respeto por los derechos de la persona humana es la claudicación y corrupción de muchos, que

(Continúa en la cuarta página)

El verdadero camino que nos trazó Calvo Sotelo

No podía salir éste cuarto número de LA VESPERA, número de julio, sin que nuestra pluma escribiera —siguiendo un inconsciente imperativo interno— unas líneas llenas de emotivo recuerdo y cariño sincero hacia aquel gran monárquico y patriota que fué Calvo Sotelo. Y a nuestra intención primera, se añade gemela la de desbrozar la línea que evocándonos su actuación nos une a su camino, en el sentido de purificarla de todo el falso ropaje con que el Régimen actual ha vestido su personalidad. Porque la dictadura franquista necesitó de apoyos que le prestigiaran y aguantaran, y no fué remisa en hacer uso de los que más le conviniesen...

Y como a otras instituciones y conceptos, han manejado a los caídos y a sus limpias ideologías. Y en el monólogo ininterrumpido de sus consignas y definiciones, se han apropiado como si fueran genuinamente suyas, de ideologías definidas y mantenidas por españoles de eternamente limpia postura, amparándose en la belleza ajena para, con falsos brillos, deslumbrar más y más a un pueblo anonadado por el desastre. De esta triste manera han hecho suyo, han querido encajonarlo dentro de sus grises

El Régimen, no es monárquico

«No hay el más ligero temor de que el Generalísimo Franco sea substituido por nadie mientras viva».

(De las declaraciones del Ministro español Gallarza, en Washington, el día 2 de julio de 1951).



Quede sentado, desde un principio, que en nuestro íntimo modo de ser —por espíritu de sana tolerancia y puro concepto de la democracia— no queremos dar cabida al estrabismo político que significa el no querer reconocer otra postura política digna de la nuestra. De lo cual no alardeamos ni nos sentimos orgullosos. Podrá extrañar eso en la España actual, once años ya encarjonada en un terrible y falso sentido político unilateral; pero en el mundo cristiano y libre, en el mundo de seres conscientes de su responsabilidad, eso no es ningún mérito: es una obligación. Reconocer y respetar el valor político y social de todas aquellas fuerzas limpias, que no entrañan mala fe, es deber moral.

Por eso a nosotros no nos molesta, no nos molestaría, el que el actual régimen no sea monárquico. Lo que sí nos indigna y reprobamos integralmente es su política

nacional, cubierta bajo el manto de una monarquía que ni siente ni desea.

Los adictos a Alfonso XIII, los políticos puros que subsistían de la Monarquía, muy pronto se dieron cuenta del juego que se escondía tras esta apariencia monárquica. El pueblo, el pueblo sencillo que se encontraba expectante en la sala —sin saber de las interioridades de la escena— tardó más en darse cuenta. Pero, hoy día, es ya totalmente inconcebible que reste algún monárquico que crea en las protestas de adicción a la causa que pueda hacer el régimen.

(Continúa en la cuarta página)

memorable discurso del Price de Barcelona el día 19 de enero de 1936.

Yo tengo la misma cédula política de mis mocedades. No cambio de etiqueta; allá los que juegan con su conciencia cambiando de convicciones como se cambia de pañuelo o de camisa... «Nosotros somos monárquicos, porque creemos que la fórmula suprema de la responsabilidad política, si no la dan las Monarquias, no la da nadie...» Somos monárquicos, porque queremos hoy europeizarnos... «somos monárquicos porque necesitamos que la política se asiente sobre unos cimientos de continuidad...» Una última razón. Somos monárquicos, porque creemos que la Monarquía es la forma más perfecta para resolver los problemas de la autonomía. No quiero emplear razones propias sino palpables y razones ajenas... «En todos los estados existen hechos diferenciales vigorosos; es la acción y la influencia del Monarca, lo que facilita la armónica convivencia de pueblos diferentes dentro de una misma unidad política. El Rey no es de algunos solamente; es de todos. No es el instrumento de una hegemonía, sino el lazo de una concordia. Es él quien hace que la unidad política pierda la frialdad y esterilidad de un pacto bilateral y tenga una base sentimental y efusiva, que los años y los ligámenes de los intereses y las penas y las glorias pasadas en común acaban por transformar en unidad efusiva, y se crea, espontáneamente, una fórmula de patriotismo común...»

CEDOC

Las profundidades de estudio político y análisis económico y social que alcanzó en la tribuna y en la prensa, fueron grandiosas. Empero, hoy aquí recordaremos solamente algunas frases justificativas de su valiente posición monárquica, pronunciadas en el

COLABORACIÓN

Desde la publicación del primer número de LA VISPERA, recibe nuestra redacción un sinfín de sinceras adicciones a la causa monárquica, provenientes de grupos sociales y políticos de la más perfilada importancia.

Hoy, por su oportunidad y trascendencia, publicamos el que nos ha remitido un numerosísimo grupo de ex-republicanos.

En los próximos números, iremos dando a conocer todos los de verdadero interés general que recibamos, así como algunos de máxima importancia que en el curso de estos años hemos recibido.

EX-REPUBLICANOS

«Preguntaba ese periódico en su número tres: ¿Cómo ven las cosas los cientos de miles que lucharon en el ejército vencido?

Deseamos reproducir, a modo de prólogo, lo que LA VISPERA decía en su primer número, hablando del equilibrio político necesario para que un país prospere: «La continuidad política no se logrará nunca empleando la violencia, pues toda violencia supone una anormalidad, y jamás casó la permanencia con la anomalía. Claro está, sin embargo, que en determinadas circunstancias se imponen medidas de excepción; pero tales medidas, precisamente por su carácter transitorio, por su función preventiva o restauradora, deben ser desecharadas una vez conjurado el peligro o alcanzado el estado propicio para la vuelta a la normal concurrencia política».

Nosotros, los que escribimos estas líneas, empezamos a conocer las inquietudes de la vida pública durante la dictadura del general Primo de Rivera. Al leer estas palabras de LA VISPERA, nos reafirmamos en lo que tantas veces hemos pensado: que la prolongación de la Dictadura, ya cumplidos sus objetivos fundamentales, fué uno de los motivos de que nosotros, nacidos bajo la Monarquía, pasáramos al campo republicano. (Esta confirmación, dicho sea de paso, no es óbice para que recordemos el gobierno de Don Miguel Primo de Rivera como un régimen paternal, comparado con el franquismo). Mas no es aquella la única verificación de estos quince años de silencio forzoso: sabemos, también, como añadía ese periódico, que la dictadura y la revolución son inseparables; que aquélla es causa de la revolución, y ésta, a su vez, origen de la dictadura. Reflexionando respecto a los medios de salir de este círculo vicioso —repasando la historia de España y observando la situación de los países más afines a nuestra civilización— obtenemos la conclusión pertinente: el equilibrio político es más firme en régimen de Monarquía que en régimen republicano. Así, el periodo de mayor estabilidad política de España, en los últi-

mos tiempos, transcurrió desde la restauración de la Monarquía en la persona de Don Alfonso XII hasta bien mediada la Dictadura, con una duración de cincuenta años.

Estamos de acuerdo, también, en que «uno de los mayores errores tácticos que cometieron los antiguos políticos españoles fué el de creer que la defensa de determinados programas sociales implicaba una forzosa posición de apoyo o de hostilidad con respecto a la forma constitucional»; y nos preguntamos, con la LA VISPERA, tras las penosas experiencias pasadas, cuantos republicanos habrá en España cuando algunos monárquicos defiendan las reformas sociales que exige nuestra época.

Con lo dicho contestamos, en parte, a la pregunta aludida al principio. Pero como somos leales y sinceros, con los demás y con nosotros mismos, queremos responder más concretamente. Los que combatimos en el bando republicano —o por un ideal, que luego se vió defraudado, o en cumplimiento del deber, o por mero azar geográfico— hemos soportado no sólo las penalidades comunes a los combatientes, sino sufrimientos de toda índole, causados por la desunión interna y la amargura de la derrota, por los excesos de la represión franquista y el desmoralizador ejemplo de los dirigentes republicanos en el destierro. Ahora, vosotros nos decís que no estáis satisfechos con la situación presente, que no es éste el régimen por el cual luchasteis con tanta fe... Y ya veis, como los hombres somos así, que necesitamos a veces el dolor ajeno para consolarlos del propio, hemos sentido confortado nuestro corazón con tan sencillas palabras, y volvemos a confiar en que tantos sacrificios no hayan sido vanos.

No deseamos el retorno de la República, ni ahora ni para más adelante. No; no queremos restaurar la Monarquía para luego derrocarla y recorrer así, una vez más, el ciclo infernal. Consideramos, incluso, que es mejor que la República haya perdido la guerra, porque bajo sus banderas se amparaban quienes defendían una causa aún más perversa que el régimen imperante en España; porque preferimos que la injusticia caiga sobre nosotros, antes que contemplar

impotentes, los desmanes de los sedicentes correligionarios; porque, en el peor de los casos, esta especie de totalitarismo durará menos que el comunismo soviético.

Por todo ello, algunos de los que festejamos el 14 de abril de 1931 la proclamación de la República y la marcha del Rey, hemos podido asistir, pasados veinte años, a los funerales de Don Alfonso XIII sin violentarnos ni renegar de nosotros mismos, cumplido un periodo de evolución ideológica, comprendiendo ahora el sentido más profundo del gesto del Monarca al abandonar la Patria para evitar a su pueblo la efusión de sangre. Luchamos en el bando derrotado en la guerra civil, y hoy, con la serenidad de la madurez y la lucidez que da el informe, vemos claramente que hace tiempo vivimos en permanente orfandad. En estos años oscuros hemos buscado un camino que nos librara de la desolación; nos hemos perdido una y otra vez, al tantear la ruta, como niños abandonados; nos hemos herido mutuamente, fallos de guía... Sabemos ya que no podemos seguir adelante sin un padre, un jefe natural, un Rey. Y volvemos la vista a Don Juan, recordando la invocación final de su manifiesto del 7 de abril de 1947, porque, como él, tenemos fe en los destinos de España y hemos aprendido, a dura costa, el valor de lo que destruimos entre todos, por acción o inhibición, ligeramente, una tarde de abril de hace veinte años.

Sí; sabemos, como vosotros, lo que es la revolución y la guerra. Un día nos vimos cabatidos y a merced del vencedor o camino del destierro. Ahora habeis escrito nobles palabras que agradecemos, y os respondemos lealmente, sin rencor y sin orgullo, porque queremos lograr, junto a vosotros, bajo la Monarquía, la paz, la concordia y el bienestar de todos los españoles.

Así vemos las cosas muchos de los que combatimos en el ejército vencido. Y cada día serán más y más los que así piensen, si todos cultivamos las viejas virtudes aprendidas en nuestras casas: la hidalguía, la generosidad, la franqueza... Porque sólo en la confianza se engendra la confianza.

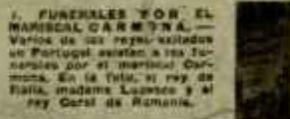
TODO TOTALITARISMO, AUN EL MITIGADO, VA DESPOJANDO AL INDIVIDUO EN BENEFICIO DEL ESTADO. DESCONOCE SI NO TOTAL, AL MENOS PARCIALMENTE, LOS DERECHOS DE JUSTICIA QUE TIENE TAMBIEN EL ESTADO Y CON EL ESTADO EL GOBERNANTE.

De la Instrucción de la Conferencia de los Metropolitanos españoles, firmada por el Cardenal Arzobispo de Toledo y el Arzobispo de Granada.

Publicado en casi todos los periódicos, los días 27, 28, y 29 de junio de 1951. Biblioteca de Comunicación Hemeroteca General CEDOC



La fotografía de los funerales por el alma del Mariscal Carmona, tal cual fue insertada en los diarios y revistas nacionales. Esta, sacada de un semanario barcelonés.



**Z. GI
DOL
ban d
de ad
borla
ntra e
a v
aument
En el
estud
separ**

**S. MI
SU OS
te que
parte
desde
lunato
ra su
que
unad e
tiguo i
deriva
donda
barcos**



La misma fotografía, en su tamaño original y completo. En ella al lado de la Viuda del Mariscal Carmona y como señalado y significativo honor, podemos ver a SS. AA. RR. los Condes de Barcelona. A continuación, el Rey Humberto de Italia, el Rey Carol de Rumania y su esposa. En la foto publicada en los diarios nacionales, al censurar la efigie de los Reyes españoles, tuvieron que censurar también la de la esposa del gran político y general fallecido en la nación vecina...

EXAMENES DEL PRINCIPE DE ASTURIAS

Parece ser que en respuesta a nuestra queja del pasado número, por órdenes de la Jefatura de Prensa y Propaganda se han resaltado en la forma que se merecen los brillantes exámenes de que ha sido objeto en el Instituto de San Isidro de Madrid el Príncipe de Asturias. Pueden imaginarse nuestros lectores como nos congratulamos de que tengan eco en las páginas de nuestros diarios los acontecimientos que atañen a nuestra Familia Real, y, en segundo lugar, de que sea eficaz nuestra constante labor de positiva oposición.

Ahora bien; con la sinceridad que nos alegramos de un hecho debemos condonarnos de otro. Alrededor de las mismas fechas apareció en varias revistas de España la fotografía de los funerales por el alma del Mariscal Carmona que reproducimos en esta misma página sacada de una revista nacional. En ella, pueden ver los lectores al Rey Carol de Rumania, a su esposa y al Rey de Italia Humberto de Saboya; la foto queda cortada aquí. En la original, a continuación del Rey Humberto vemos a los Condes de Barcelona junto a la Exma. Sra. Vda. de Carmona. Estas dos fotos encabezan esta página. Y, nuestros lectores se

preguntarán: ¿Cómo compaginamos las dos actitudes de la prensa española? A eso queríamos llegar... No son dos actitudes de la prensa española. Es una sola actitud, la actitud que ha obligado al Régimen, asimismo, a silenciar todo lo concerniente a S. M. Don Alfonso XIII mientras vivía, para volcarse luego en alabanzas una vez fallecido. Y es que al Régimen solamente le molesta —hoy— el estrecho monárquico: la persona que une a Alfonso XIII con el príncipe Juan Carlos... porque esta persona es algo tangible en el mundo real y político, que tiene una importancia actual muy superior a los niños y a los muertos. Alfonso XIII era un peligro real cuando aún transcurrió su vida en Roma. Entonces no existía para la prensa del Régimen. Luego murió; entonces el peligro había desaparecido, y había llegado el momento de enaltecer su figura. Y el nieto, el Infante Juan Carlos, es un peligro bastante lejano para el caudillaje de Franco. Por eso interesa concentrar toda la importancia en él, en un desesperado afán por quitársela al actual depositario de los derechos y deberes de la Milenaria Monarquía Española.



He aquí la fotografía del Príncipe de Asturias, que publicó la prensa nacional. Nos complace resaltar el gran espíritu y especial interés del Rey en que sus hijos —pese a las muchas desventajas y dificultades políticas con que chocan— reciben, en España, una educación tipicamente patria. Y es que el Rey, además de buen español, nota sobre sus espaldas la responsabilidad dinástica y jerárquica a que le obliga la tradición de que es depositario. Y como a tal, pasa por encima de todo a condición de que aquél que un día le ha de suceder, haya bebido en el suelo patrio las virtudes de nuestra raza, y esté empapado del modo de ser, de actuar y de reaccionar de los españoles.

GRAVE RESPONSABILIDAD DE LOS MONARQUICOS

(Viene de la primera página)

aparentan lo que están muy lejos de sentir. Observando la situación política de nuestro país, podríamos clasificar en tres grupos a la inmensa mayoría de aquellos que apoyan al régimen.

Dejemos el primer puesto al reducido número de ingénuos, cuya visión, deformada por las delicias del poder, los hace presa fácil de la Prensa y Propaganda.

El segundo grupo, muy numeroso, está formado por gente honesta y prestigiosa, cuyas convicciones están en íntima oposición con el régimen que colaboran, pero que temen provocar su desagrado porque conocen sus arbitrariedades, son aquellos que en el círculo privado de sus amistades no recalan su repugnancia ante la corrupción ni su adhesión al legítimo heredero del trono, pero, el temor los tiene paralizados.

Queda un tercer grupo, muy nutrido, formado por los arribistas: estos que, si bien son plaga de todas las situaciones, proliferan abundantemente, con la arbitrariedad y la intervención económica: no obviemos que como decía Lord Acton, escritor católico: «En el poder absoluto la corrupción es absoluta».

Nada diremos del primer grupo ni del tercero, sólo queremos referirnos a los del segundo grupo, cuya influencia política en el país es importante.

Mediten estos sobre la gravísima responsabilidad que contraen ante la Nación al adoptar esa doble y opuesta actitud, en privado y público, piensen que pertenecen a una minoría dirigente, sobre la que por tanto, pesa de un modo especial el deber de ejemplaridad y que si para unos son piedra de escándalo por su falta de consecuencia y lealtad, para otros son motivo de engaño, que de nada sirve que traigan de justificar sus actos públicos de adhesión con manifestaciones privadas de oposición. Estos no solo engañan a sus conciudadanos, sino al mismo régimen, el cual al contemplar su aparente adhesión se siente fortalecido y se figura apoyado por quienes solo ansian su desaparición.

Son ellos responsables de que se prolongue un estadio de cosas que afecta gravemente al porvenir del país; y por tanto culpables de un pecado de omisión por su dejación de deberes.

Es indudable que si el régimen conociera a fondo el modo de pensar de aquellos a quienes supone entusiastas seguidores suyos, sería tal su espanto que nos llevaría, sin violencia, a un cambio de situación.

NO LEVANTO BANDERA DE REBELDIA, NI INCITO A NADIE A LA SEDICION, PERO QUIERO RECORDAR A QUIENES APOYAN AL ACTUAL REGIMEN, LA INMENSA RESPONSABILIDAD EN QUE INCURREN CONTRIBUYENDO A PROLONGAR UNA SITUACION QUE ESTA EN TRANCE DE LLEVAR AL PAIS A UNA IRREPABLE CATASTROFE.

Del Manifiesto de 1945

EL REGIMEN, NO ES MONARQUICO

(Viene de la primera página)

Su actitud, que culminó con la ley de Sucesión —de la que dijo el Rey, en su manifiesto de 1947— «Los principios que rigen la sucesión de la Corona, y que son uno de los elementos básicos de la legalidad en la que la Monarquía tradicional se asienta, no pueden ser modificados sin la actuación conjunta del Rey y de la Nación legitimamente representada en Cortes. Lo que ahora se quiere hacer carece de ambos concursos esenciales, pues ni el titular de la Corona interviene, ni puede decirse que encarne la voluntad de la Nación el organismo que, con el nombre de Cortes, no pasa de ser una mera creación gubernativa. La ley de sucesión que nació en condiciones tales adolecería de un vicio substancial de nulidad» —su actitud, decímos, ha sido la de un comerciante que, puesta en circulación una letra ilícita, la va prorrogando una y otra vez antes de su vencimiento para que no venga, con este, la definitiva quiebra. Volvamos un poco la vista atrás...

* * *

Franco es nombrado «Jefe del Gobierno del Estado Español», a fin de «concentrar en un solo poder todos aquellos que han de conducir a la victoria final y al establecimiento, consolidación y desarrollo del nuevo Estado» (Boletín Oficial, N.º 32 del 30 de septiembre de 1936). Este cargo, de medio, fué convertido en fin, trastocando habilmente los conceptos de Estado y Gobierno.

* * *

Franco, a raíz de intentar venir a España por segunda vez Don Juan, para combatir como marino en el «Canarias» hizo las siguientes famosas declaraciones al Marqués de Luca de Tena y que fueron publicadas por el «A. B. C.» de Sevilla.

«Yo —dijo Franco— no puedo acceder a los deseos del Príncipe. Mi responsabilidad es muy grande, y tengo el deber de no poner en peligro una vida que algún día pue de sernos preciosa».

* * *

Pasaban los años, y la Monarquía no venía. Franco entretanto, y su séquito de interesados aduladores, se miraban ávidos en los falsos espejos de la Alemania Nazi y la Italia Fascista. El afán de poder, la soberbia del mando absoluto, comenzaban a hacer notar sus efectos.

Y así llegó el año 44 en que ansiosos los españoles, hizo Franco —ante la industria catalana en peso y en los salones de la Delegación del Trabajo— un diluido y vago discurso, muy vago, pero «eminente monárquico». Y así en el 45, en el 46 y en el 47, en que se llegó, como decíamos antes, a la aberración legal de la ley de Sucesión.

* * *

Y para terminar, demos una hojeada a la actuación que se tiene con la prensa. Y así vemos las dos noticias que obligan a publicar en los antiguos diarios monárquicos, con ocasión del aniversario de la muerte de Alfonso XIII, para poder tapar la boca a los incertos y seguir cultivando la desorientación, suerte a la cual el Régimen vivienda. Pero, de los artículos propios, verdaderamente monárquicos, que este año quisieron publicar estos diarios ¿qué se hicieron? Ninguno pudo llegar a conocer la luz...

Noticias

En la onomástica de S. M.

El dia 24 del pasado mes de junio, con motivo del Santo de S. M. se han recibido en los distintos centros monárquicos del país y para su tramitación, gran cantidad de felicitaciones y adhesiones a la persona del Rey, en número notablemente superior al de años anteriores.

En Estoril, el Rey, después de pasar el dia en familia, concedió por la tarde una audiencia colectiva a los grupos de españoles que fueron a Portugal para cumplimentarla.

La misión del Rey

LISBOA.—Encontrándose don Juan en un pueblo de la frontera portuguesa lindante con la provincia de Badajoz, fué objeto de un tan inesperado como emotivo homenaje.

Se llegaron a saludarle, rendirle acatamiento y pedirle pan y trabajo, los vecinos de un pueblo de dicha provincia de Badajoz (cuyo nombre, y por lógicas causas, callamos) con el Alcalde y el Párroco al frente.

Franco quería que fuera algo más que un rumor

Circula estos días por Madrid el rumor —recogido por algunas radios extranjeras— de que, con motivo del 18 de julio, sería elegido como «príncipe idóneo» el Príncipe Dn. Juan Carlos.

Nada diríamos sobre este dislate, si no fuese por las peculiares circunstancias que rodean su difusión.

El ostensible apartamiento de amplios sectores monárquicos del país y las recientes huelgas, han preocupado profundamente al Régimen.

«No sería una hábil añagaza —digna de las anteriores— proponer a quién por su edad permitiría un largo compás de espera?

Nada más consecuente con el monarquismo vigotico de la situación y los deseos de permanencia.